

GENTE EN LOS MÁRGENES DE LA HISTORIA

Marcelino Irianni

Iehs -Unicen

Resumen

Desde sus comienzos, hace dos mil años, los historiadores centraron su interés en los estratos altos de la sociedad, priorizando la esfera política. Se apoyaban en unos pocos documentos escritos dentro de un universo de relatos orales y mitos. Aquella mirada elitista, con las bases sociales y los pueblos bárbaros que los rodeaban como telón de fondo, se mantuvo hasta hace alrededor de cien años. Luego, los historiadores hicieron esfuerzos para integrar en sus páginas a quienes habían quedado en los márgenes, ampliando el enfoque y sumando fuentes de información alternativas. En América, los últimos en incorporarse fueron los indígenas, desatendidos por su condición ágrafa aunque también por criterios discriminatorios que surgieron con la colonización y tiñeron la teoría desde el siglo XIX. La Etnohistoria, que nace y se desarrolla principalmente en América desde mediados del siglo pasado, hizo grandes esfuerzos metodológicos para sumar protagonistas históricos fundamentales como los indígenas. Sin ellos no se pueden comprender algunos procesos que desembocan en el presente. Esos grupos sociales, aún en los márgenes, tenían su propia historia. Faltaba incorporarlos, como en un gran puzzle, a la Historia Universal, y para ello era necesario repensar las partes y el todo.

Palabras claves: Indígenas – sociedades ágrafas – arqueología – viajeros - etnohistoria.

PEOPLE ON THE MARGINS OF HISTORY.

Abstract

From the beginning, two thousand years ago, historians focused their interest in the upper strata of society, prioritizing the political field. They relied on a few written documents within a universe of oral histories and myths. That elitist look, with the grassroots and the barbarians around them as a backdrop, continued until about a hundred years ago. Then the historians made efforts to integrate into your pages to those who had been on the margins, expanding the focus and adding alternative sources of information. In America, were the last to join the Indians, neglected by his unlettered but also discriminatory criteria that emerged with colonization and dipped the theory from the nineteenth century condition. Ethnohistory, born and mainly in America since the middle of last century, and made great efforts to add fundamental methodological historical protagonists as indigenous. Without them you can not understand some of the processes that lead to the present. These social groups, even at the margins, had their own history. He incorporates missing, as in a large puzzle, to world history, and it was necessary to rethink the parts and the whole.

Keywords: Indigenous - preliterate societies - archeology - trader- ethnohistory.

Introducción

La Historia de la humanidad, por diversas razones, sigue naturalmente abierta e incompleta. Sin embargo, es innegable que ha logrado dar pasos gigantescos para comprender, con criterios claros, nuestro devenir. Durante mucho tiempo, quizá desde la vieja Roma, se impuso una Historia política que duraría hasta mediados del siglo pasado cuando deja lugar a una Historia social y económica que puso mayor atención en los procesos y coyunturas, que en los hechos.

Poco a poco, lo social amplió su mirada desde el centro del escenario a sus bordes. El documento escrito comparte desde entonces su centralidad informativa con entrevistas y un abanico creciente de información pública y privada, cuantitativa y cualitativa. En la segunda mitad del siglo XX, se inicia el diálogo con otras disciplinas, entre las que destaca la Antropología, para intercambiar conceptos y enfoques. Seguía siendo una Historia sin indígenas o en el mejor de los casos, con aquellas sociedades como telón de fondo y con un protagonismo a todas luces negativo. En la década de 1980 –bastante tiempo después que sus paisanos del noroeste–, los indígenas pampeanos y patagónicos entraron a escena, aportando claridad a algunos procesos decimonónicos fundamentales en el extremo sudamericano. Casi al mismo tiempo, el ámbito académico rioplatense recibe a la disciplina etnohistórica que avanzaba por América desde el norte, enlazando Antropología, Arqueología e Historia. Con esas incorporaciones y avances, la Historia sigue siendo un gran rompe cabezas que aunque permite adivinar el motivo, deja intuir que algunas piezas se han perdido para siempre. Sintetizando un largo proceso que demandaría la totalidad del artículo, digamos que a la par de los descubrimientos de nuevas fuentes de información, avanzaban –a otro ritmo– las corrientes de pensamiento, los marcos teóricos y la delimitación definitiva del objeto de estudio. Así, desde aquél historiador que miraba el pasado con un catalejo describiendo unos pocos personajes, anotando algunos sucesos –y omitiendo muchos otros–, hemos pasado a una mirada holística e interdisciplinaria, que recurre necesariamente a atomizar el pasado lejano y reciente en manos de especialistas. La mirada cuantitativa basada en documentos estatales, cimentó el edificio de la disciplina. Como una ironía, con la caída del muro de Berlín, los historiadores no sólo descubrieron otros sujetos históricos sino que desempolvaron viejas herramientas y aquél mundo dividido en dos grandes porciones dejó lugar a la microhistoria, la vida cotidiana, la biografía social. En esa atomización, que en vez de dividir sumó aportes al todo, corrigiendo excesos y tendencias, repensando modelos y estereotipos, se destaca la conformación del campo de estudios de las sociedades indígenas pampeano-patagónicas. Allí, la Etnohistoria encontró otro lugar fértil en suelo americano para desarrollarse.

Estar o no estar cerca de los colonizadores, esa era una cuestión trascendental. Hasta hace un siglo y medio, los nativos patagónicos –con identidades y culturas diferenciadas entre sí– se mantuvieron en los márgenes de la sociedad euro criolla, experimentando una intervención equilibrada con el entorno. Eran sociedades ágrafas que había que desplazar para apropiarse de recursos fundamentales. Los estudiosos poco hicieron por incorporarlos a la Historia hispana y luego local. Un Estado colonial que priorizó el norte del territorio y luego otro independentista que demoró casi todo el siglo XIX en consolidarse fueron claves para que las sociedades indígenas patagónicas resguardasen sus identidades culturales –y su existencia–, hasta hace poco más de un siglo. Los euro criollos penetraron en aquel espacio a modo de goteo, generalmente en pequeños grupos de colonos o naturalistas que impactaron –salvo los loberos patagónicos que atracaron violentamente sus espacios por mar y al final, los ovejeros–, gradualmente sus cotidianidades.

Así, buena parte de lo que sabemos de aquellas sociedades nativas proviene de restos arqueológicos, eventualmente de entrevistas a descendientes y en forma creciente, de relatos de viajeros. Pero la Arqueología, la toponimia y las entrevistas

a los últimos tehuelches, no alcanzaron a recuperar la masa informativa indispensable. Más allá de la importancia de la Arqueología en esa recuperación, ¿cómo deducir, si no fuese por el relato de un contemporáneo, que para los tehuelches el año comenzaba en primavera? ¿Qué restos se necesitan para conocer su creencia de que la Cruz del Sur era la pisada de un ñandú en el cielo? ¿Cómo descifrar el tratamiento con los muertos, el sitio escogido para su descanso, la visita o no a los lugares sagrados? Aquellas y otras manifestaciones espirituales y simbólicas, rara vez dejan huellas materiales para dilucidar en el registro arqueológico.

Los relatos de viajeros que observaron las sociedades ágrafas en casi toda América, conforman parte del corpus documental etnohistórico, disciplina nacida a mediados del siglo XX y que arriba a nuestro país treinta años más tarde. No era algo nuevo; se trataba de la recuperación, conformación formal y delimitación de una vieja práctica. Heródoto, Estrabón y otros ilustrados que acompañaban las filas de ejércitos griegos o romanos, ya habían tomado nota de los bárbaros que rodeaban sus imperios, material que hoy permite complementar no sólo los escritos clásicos (siempre subjetivos con aquellos que intentaban conquistar), sino también hacer inteligible algunos yacimientos arqueológicos e incluso ubicarlos en el espacio. Dos mil años después, con idéntica curiosidad que el viejo Heródoto, misioneros, viajeros, naturalistas, militares e inmigrantes se toparon con los nativos de la `primitiva´ Sudamérica. Binford observó la aparición de estas disciplinas desprendidas de la Antropología como indispensables para *“dinamizar y darle vida a un registro arqueológico inmóvil y muchas veces difícil de decodificar”* (Binford, L. 1988: 28).

Si la Etnografía nos permitió –recaudos por medio–, hilvanar procesos o comprender el uso de elementos exóticos de un yacimiento, la Etnoarqueología nos ayudó a partir de 1960/1970 a comprender con más precisión el registro arqueológico, toda vez que lo que hoy encontramos es en su mayoría producto de desperdicio de actividades del pasado. La Etnología reunió esa información para teorizar sobre las bandas de cazadores-recolectores que las llevaron a cabo. Entonces, como si se hubiese corrido un telón, algunos historiadores tomaron noción de que, por su condición ágrafa, había quedado gente fuera de la Historia. (Wolf, E. 1982 y Moniot, H. 1978)

La génesis de la Etnohistoria

“Érase Europa y ahí se acababa la historia. Muy lejos de allí, en el espacio y en el tiempo, había algunas grandes civilizaciones [...] El resto: pueblos sin historia, como admitían el hombre de la calle, los manuales y la universidad.” (Moniot, H 1978:117)

El término Etnohistoria –título de una publicación de la época–, fue utilizado desde fines de 1940 por antropólogos, arqueólogos e historiadores norteamericanos para describir sus escritos sobre la historia de los aborígenes del Nuevo Mundo. Eran tiempos de descolonización y de saltar los muros teóricos e ideológicos que durante más de un siglo mantuvieron invisibilizadas las sociedades originarias. El contexto que favorece la interacción entre la Historia y la Antropología está dado por el final de la segunda Guerra Mundial, específicamente en Estados Unidos. Allí, los aborígenes inician el reclamo de las tierras de sus ancestros, heredadas de generación a generación sin otro protocolo que

un ceremonial y la confianza en la memoria colectiva, hasta su despojo total a fines del siglo XIX. Los descendientes de aquellas etnias desplazadas que habitaban entonces en reservas estatales, visualizan una coyuntura internacional favorable para reclamar, por ejemplo, *las tierras de los apaches, aquellas que iban desde el río que salta hasta la montaña que sostiene la luna roja, donde pastan los bisontes*. Los antropólogos –a falta de documentación notarial– fueron convocados a contribuir en el análisis de reclamos y fuentes naturalmente incomprensibles para los letrados. A poco de andar, la temporalidad hizo necesaria la intervención de sus colegas historiadores. La riqueza documental que comenzó a aparecer, modificaría interpretaciones históricas, trazando un nuevo mapa de los territorios étnicos en el viejo oeste americano (1). Se trató de una mirada novedosa y un giro metodológico brusco que afectó la historiografía aborígen americana, pero que también ajustó temas como colonización, frontera, identidades, entre otros. Como fuera, los antropólogos comenzaron a adiestrarse en el análisis de documentos propios de los historiadores y éstos se interesaron en el trabajo de campo de los antropólogos, a la vez que incorporaban ajenos. No faltaron investigadores aborígenes que publicaron –no exentas de subjetividades–, sus propias historias basadas en relatos de sus antepasados, al mismo tiempo que crecía el interés por el folclore indígena por parte de un público atraído por ese pasado salvaje y sabio, a la vez, que cimentaba una nación agobiada por la guerra fría.

La Etnohistoria ha posibilitado el estudio de las sociedades ágrafas, pueblos o grupos sociales que de todos modos conservaban oralmente sus orígenes y tradiciones. Hasta ese momento, éstas eran consideradas ahistóricas, primitivas, atemporales, estáticas, descritas en muchos casos como parte de la naturaleza. Sin embargo, si partimos de la idea de que cada sociedad tiene una cultura y que ésta es diacrónica, todas las sociedades son históricas. Como era de esperar, la nueva disciplina encontró rechazos, principalmente de historiadores que no encontraban algo novedoso en ella aunque habían incorporado, naturalmente, conceptos y preguntas antropológicas. Daniel Santamaría, con criterio, critica a la Etnohistoria por abocarse o recortar la historia indígena, diferenciando a estas sociedades del resto. Según este autor,

“los indígenas tienen que ser incorporados a la Historia global y no configurar un campo propio, lo que a todas luces podría llevar nuevamente a otro camino hacia una nueva historia incompleta”. (Santamaría, D. 1985: 469). Se podría acotar, pasado el tiempo, que si en algunos casos el resultado fue la recuperación inicial de grupos étnicos específicos –`recortados´ del resto–, pronto sumaron otros actores indispensables para la comprensión de esos pasados. Las sociedades indígenas que ahora se presentaban lejos de conformar un conjunto homogéneo, interactuaban entre sí y con los criollos e inmigrantes que circulaban por sus territorios, levantando Fortines, fundando pueblos, negociando tratados de convivencia e incluso comerciando con ellos.

También se cuestiona a la Etnohistoria el hecho de no incluir entre sus objetos de estudio a esa mayoría de la población analfabeta que no legó escritos en la Antigüedad y la Edad Media, incluso en buena parte de la Edad Moderna. Se critica, de alguna manera, que su objeto de estudio ancle en las sociedades indígenas pese a que existen otros grupos ágrafos no

indígenas, observados por contemporáneos. Visto así, un campesino medieval, del que tenemos testimonios por su señor o algún clérigo, no se diferenciaba de ellos salvo en que no relató su propia experiencia para que hoy podamos recuperarla. Aunque para el grueso de los etnohistoriadores, el campesino medieval y su señor no se diferenciaban étnicamente como sucede claramente entre un indígena y un conquistador foráneo, ello no ha impedido que algunos estudiosos lo intentaran con resultados interesantes (2). Como sea, no es casualidad que la Etnohistoria se haya asentado en América, Australia y África –sitios colonizados–, pero no en Europa. El nativo de los territorios colonizados, es visto como algo distinto al invasor, es “la otredad” antropológica, la que debe decodificarse desde los escritos que dejaron los conquistadores –y contemporáneos en general– que observaron sus costumbres.

Pese a coincidir parcialmente con algunas de las críticas, consideramos que el balance de la Etnohistoria es a todas luces positivo. Sostenemos el beneficio de la solidaridad –complicidad– entre Historia y Antropología para hacerle preguntas etnológicas a un documento escrito, de realizar una lectura comprensiva del mismo. Resulta difícil no reconocer su aporte a la arqueología toda, incluyendo crecientemente su rama histórica. El aporte de los historiadores obliga a un estudio diacrónico, infrecuente entre los antropólogos. El aporte antropológico es la mirada e interrogación adecuadas a documentos que refieren a la “otredad”. Han corrido ríos de tinta en torno a medir el aporte de ambas disciplinas, la cesión de una de ellas frente a la otra, o la existencia de un puente con un descanso en el medio. Martha Bechis considera que la Etnohistoria es un movimiento que las comprende y desborda, llegando a concluir que más que un enfoque interdisciplinario es “antidisciplinario”. Se pregunta, incluso, si la Antropología y la Historia aportaron lo suyo a la Etnohistoria, o si ambas fueron abiertas, “explosionadas” por la historicidad, lo cual permitió que se complementaran o se co-fundaran recíprocamente. (Bechis, M. 2005) Según Trigger, medio siglo después de su nacimiento, ha acabado el tiempo de las discusiones; la disciplina espera la conformación de marcos teóricos, conceptos y lineamientos que la consoliden en su originalidad. (Trigger, B. 1987)

Las fuentes americanas que la Etnohistoria ha utilizado son variadas, permitiendo recuperar aspectos fundamentales de un arco amplio de sociedades humanas posibles, desde bandas y tribus, pasando por jefaturas, hasta verdaderos Estados. Los documentos varían, claro está, en la observación de cada sociedad acorde a su estadio y por ende, su movilidad, demografía, institucionalidad, etc. En el caso de los Estados americanos que llegaron a visualizar los conquistadores –Azteca, Incas–, destacan las crónicas, visitas, censos, juicios e informes de religiosos y militares a la corona, mientras que en el resto de los estadios mencionados, sobresalen los relatos de viajeros, sacerdotes, naturalistas y militares. En todos ellos, resulta indispensable el análisis crítico. Considerar la condición social del informante, ya que posee intereses acordes al sector del cual proviene (intereses económicos, institucionales, políticos, etc.), no es menor. También incide el destinatario de aquellos escritos, público o privado; su intencionalidad y de allí, su grado de objetividad. (Lorandi, A. y Del Río, M. 1992, especialmente, cap.2) Hoy sabemos, por ejemplo, que desde las legiones romanas hasta las campañas militares en la pampa, sus comandantes manipulaban los guarismos del enemigo en pos de un ascenso. No es menos

crucial saber acerca de los conocimientos previos que tenía el observador sobre el tema. Para investigar sobre creencias y simbología solemos apoyarnos –con recaudos–, en la sensibilidad y percepción de un religioso, pero para recuperar aspectos ligados a la cacería o belicosidad de un grupo, preferimos un militar atento a dichos aspectos. Difícilmente tomemos sin recaudos una cifra estimativa de lanceros, de una parcialidad informada por un militar argentino luego de una batalla, toda vez que en ese tipo de informes iba en juego sus ascensos y recompensas. El tiempo que permaneció en el lugar el responsable de un documento, brinda una idea de la fugacidad o repetitividad de sus observaciones. En el discurso, además, debe tenerse en cuenta lo silenciado, lo oculto, lo omitido. No es menos importante considerar el significado de las palabras para el grupo que las utiliza. Hay que analizar los conceptos, repensarlos, actualizarlos, para obtener un marco teórico ajustado. Sabido es, luego de medio siglo de experiencias etnohistóricas, que quienes nos informaron de aquellas sociedades ágrafas a través de relatos, informes a sus superiores o memorias de vida, solían emplear el vocabulario a su mano para referirse a una especie desconocida (ejemplo de especies como el guanaco, desconocido en Europa), asentar un rol o estatus que intuían distintivo (por ejemplo, rey o señor en vez de cacique) con cargos del Viejo Mundo y hasta describir un acontecimiento `exótico´ a sus miradas con preceptos de lo conocido, por ejemplo un ritual.

Viajeros. Fuente fundamental para el estudio de la gente sin historia

No podemos iniciar este apartado sin dejar en claro que difícilmente haya existido gente sin historia. Las bandas descubiertas en los márgenes de la civilización en el último siglo, preservan rudimentarios relatos enraizados en una época tan remota como idealizada en la que llegaron sus ancestros a esos lugares. Poseen y cuentan su historia, la mantienen a través de cascadas generacionales de oralidad. En este trabajo y apartado, aceptamos analíticamente la definición de Wolf pensada para aquellos que fueron excluidos de la Historia Universal, tomada como “*producto de la suma de relatos nacionales, regionales y locales en manos de historiadores durante siglos*”. (Wolf, E. 1982: 17) Hecha esta aclaración, si nos centramos en el extremo sur de América, lo mismo que en el oeste americano o los márgenes de los imperios devenidos en Estados como el inca, el espectro que nos interesa se reduce a bandas y tribus, observadas por viajeros, naturalistas, militares o sacerdotes. Más tarde, por colonos y comerciantes. Los documentos que allí interesan a la Etnohistoria intentan resumir ese mundo que se ha mantenido en silencio, que aparece de vez en cuando pero irrumpe en el discurso oficial en aquellas ocasiones en que lo perturban, cuando lo agreden y tratan de transformar radicalmente. El mundo de los pueblos sin historia es poco expresivo, taciturno, vive una historia lineal, sin muchos registros, distante de la “historia oficial” y de los grandes procesos generales, aunque no ajeno a ello. (Wolf, E. 1982) Se trata de ese mundo que ignoraron los Estados de las naciones independentistas hasta que necesitaron tierras, materias primas o mano de obra. Como vimos, la mirada de los viajeros decimonónicos no es alternativa al Estado ni está exenta de subjetividades; en

cualquier caso, es complementaria por su carácter de observar situaciones y sujetos que al Estado no le interesaba registrar o no estaba en condiciones materiales de hacerlo. Nos informa sobre actores desconocidos, pero también de épocas de lluvia o catástrofes locales, nos habla de tradiciones olvidadas o conflictos interétnicos; con frecuencia nos permite acercarnos a las modificaciones de los entornos, a veces producto del accionar humano. Nos ayudan a trazar la continuidad en la vida de una comunidad y sus ecosistemas. Gracias a ellos conocemos cosas ordinarias que se vuelven extraordinarias al plasmarlas en un proceso general que permite también comprender la riqueza de la historia de la naturaleza como escenario que moldeó simbologías y formas de vida. (Espinosa Pineda, G. 1996)

Por lo expuesto, no es necesario aclarar que los viajeros que deambularon por la Patagonia durante los siglos XVI al XIX no conforman un conjunto homogéneo (3), tanto por sus procedencias y bagajes culturales, como por sus profesiones, intereses personales y coyunturas en las que arribaron a un lugar que les era extraño. Como expresan Davilo y Gotta (2000), la misma idea del viaje resulta de considerarlos como narraciones construidas por individuos que parten de un lugar cultural o geográfico propio hacia un mundo diferente, que no conocen, que no controlan e incluso no logran insertar en sus representaciones en torno al espacio en el que están inmersos. El viaje puede incluso iniciarse desde un ámbito similar o uno muy distinto al que se arriba, lo que implicará que tengamos que filtrar con mucho más cuidado las descripciones vertidas. La narrativa paisajista está matizada por sus concepciones filosóficas, las creencias religiosas, las valoraciones éticas e incluso prejuicios morales, lo que llevó a la construcción de estereotipos que median en el acercamiento al otro.

Parte de las fuentes que contamos para recuperar aspectos del mundo indígena del extremo sudamericano, fue confeccionada por personas provenientes de una Europa en plena ebullición filosófica y científica, que indudablemente tiñó sus plumas. Según Sonia Contardi, ciencia, literatura y viajes se articulan en la matriz de un iluminado siglo XVIII. Ese canon que guiaba la imaginación de los escritores románticos europeos y los obligaba a decir ciertas palabras y omitir otras, se conforma en consonancia con un tiempo histórico que revalorizaba plenamente el nacionalismo y la voz del pueblo. Este mundo de sentimientos, a veces contradictorios del romanticismo, contagió a una generación de viajeros, científicos y aventureros. Algunas novelas (hoy clásicas) prestaron herramientas para darle sentido a cuanto veían, literaturizando, dando forma novelada a lo que simplemente podría ser escrito como parte diario o nota de expedición (Contardi, S. 2000)

Así, nos encontramos con memorias de espectadores de los distintos procesos que surcan los inicios de la historia de países nuevos como Argentina; en primer lugar porque tenían la libertad (desde el punto de vista legal) de movilizarse geográficamente para observar de cerca los acontecimientos, pero también por gozar de una inmunidad importante, sobreprotectora, que les abría puertas por el sólo hecho de ser extranjeros y de alguna manera observadores imparciales en potenciales conflictos (eurocriollos/indígenas/caudillos). Se trata de extranjeros que dedicaban su tiempo a la

observación, meticulosa, filosófica ante lo incomprensible y aventurera en el sentido de arriesgarse en visitas a grupos étnicos potencialmente hostiles y zonas transitadas por delincuentes y animales feroces. Aquellos relatos, hilvanados, permiten una mirada diacrónica, la génesis y desarrollo de procesos fundamentales –como el desplazamiento del guanaco por el ganado vacuno o la incorporación del caballo en el mundo indígena– que la arqueología registra, junto a otros fenómenos simbólicos, invisibles en el yacimiento, como el uso de una hierba determinada, elegida por un nativo, para curar un miembro de una expedición.

Etnohistoria y Arqueología

Durante el siglo XIX, arqueólogos y etnólogos consideraban que, si bien el contacto con los europeos originó profundos cambios en los grupos indígenas provocando una desestructuración cultural innegable, previamente, éstos habrían permanecido sin modificaciones significativas. Esta perspectiva comenzó a ser cuestionada a partir de los estudios de aculturación que demostraron que las sociedades indígenas habían sufrido cambios antes del contacto y de las primeras descripciones de los europeos, muchos de ellos en el encuentro con otras etnias o en ese ámbito siempre permeable, agrietado, de la frontera. Dejaron de ser consideradas estáticas y en su lugar fueron visualizadas *“como un proceso de transformación y reelaboración constante que, sin embargo, se sustenta en raíces históricas muy antiguas”* (Broda, J. 1988:13). Es en este contexto donde la Arqueología comienza a adquirir mayor importancia, ya que es esta disciplina la que podía proporcionar información relevante para momentos en los cuales no se contaba con documentos escritos. Como suele plantearse, junto con la información de archivo y las tradiciones orales, la Arqueología aporta al conocimiento de las etnias nativas la profundización temporal de su historia. Por otra parte, es necesario destacar también las importantes contribuciones que la Etnohistoria puede realizar a la Arqueología. *“Los arqueólogos pueden encontrar interesantes posibilidades de elaborar hipótesis, perfeccionar las inferencias realizadas sobre la base del registro arqueológico, interpretar problemas particulares de sitios o de áreas de investigación... con la condición de no utilizar en esos razonamientos datos etnohistóricos aislados o fuera de contexto”*. (Nacuzzi, L. 1990: 163) Junto a esos aportes, es innegable que los cuestionamientos razonables sobre la dinámica y cambio de sociedades como la azteca o la inca, no pueden ponerse en el mismo renglón que sociedades más simples de otras regiones del continente.

Los documentos etnohistóricos fueron, de alguna manera, redactados por etnógrafos autodidactas, observadores de campo sin entrenamiento antropológico que, como anticipamos, debemos revisar meticulosamente. Nos referimos a viajeros principalmente de los siglos XVIII y XIX, que observaron sociedades sin escritura mucho antes de que nacieran la Etnografía y la Etnohistoria. Podríamos agregar que, contrariando las intenciones de Juan Bautista Alberdi, buena parte de los europeos que pasaron durante los últimos siglos a América, provenía de los estratos más atrasados y analfabetos del Viejo Mundo. Algunos de ellos, también redactaron sus experiencias, hoy devenidas en documentos. La Arqueología,

en cambio, generalmente debe realizar recolecciones y excavaciones para obtener los restos materiales de las sociedades del pasado que convertirá en datos, con técnicas y resguardos que pese a tener más de un siglo de iniciados, tomaron la complejidad y rigor que conocemos a partir de 1950/1960. Generalmente, los arqueólogos han utilizado la información etnográfica y etnohistórica proyectándola hacia el pasado, y se han preocupado por encontrar evidencias arqueológicas corroborativas de lo que encuentran escrito en los estudios de los etnógrafos y los documentos etnohistóricos. Según Luis Borrero, este es un uso profundamente equivocado e inútil de los datos etnográficos, un uso que es incapaz de resolver el valor de verdad de las informaciones que son proyectadas al pasado. Otros arqueólogos, en cambio, han utilizado el material etnográfico como fuente de inspiración para generar hipótesis explicativas sobre la conducta humana en el pasado. Las mismas son luego sometidas a prueba arqueológica. Esas hipótesis, entonces, no son aplicadas o proyectadas a un caso arqueológico. Simplemente son presentadas como una forma alternativa para explicar una situación dada, sobre la cual el registro arqueológico deberá decir la última palabra. (Borrero, L. 2002).

Como fuera, algunos relatos de finales del siglo XIX, desbordan la Etnohistoria para convertirse en descripciones que rozan la Etnoarqueología, comprendiendo en ello la observación de la forma en que se depositan los restos que luego se convertirán –potencialmente–, en yacimientos arqueológicos. En ciertos pasajes, cuando se refieren al sistema de asentamientos de los Selk' nam en Tierra del Fuego, dichos relatos describen campamentos muy pequeños, formados por un paravientos hecho con cueros de guanaco y en los que se podía observar unos escasos elementos materiales, ya fueran artefactos o huesos que se completaban con un fogón externo. Estos campamentos resultaban, según los contemporáneos que los frecuentaron, muy difíciles de reconocer desde lejos.

"Hacían entonces una pequeña excavación de unos 5 cm. de profundidad por 2 m. de diámetro y con esa tierra suelta, algunas ramas y algún cuero formaban una especie de muro que los protegía del viento" (Serrano Montaner, R.: 1880: 121)"... un hoyo de un pie de profundidad y de dos metros de ancho, que llenan de pasto seco les sirve de morada, algunos palos que estaquean alrededor y que cubren de cuero en la dirección del viento.... El fuego se enciende fuera del hoyo" (Sergers 1891: 64).

Esto sugiere una escasa visibilidad arqueológica, pues si eran difíciles de reconocer cuando estaban en funcionamiento, debieron ser casi invisibles algún tiempo después de ser abandonados. En otras palabras, los sitios de este tipo, que se formaron hace unos cien años o más, deben ser actualmente muy difíciles de descubrir. Para los más antiguos las posibilidades parecen aún más remotas.

"De 6 a 10 varas se clavaban en la tierra, al sesgo, a buena distancia unas de otras, y se les daba una buena inclinación convergente formando una semi circunferencia o tres cuartos de circunferencia.... Por encima de estas varas, que no estaban unidas entre sí, se tendía el gran cobertor de cuero y se le sujetaba en orquestas de las varas, con correas cortas... El costado abierto se encontraba paralelo a la dirección del viento, le ofrecía una mínima superficie de ataque.... La escasa superficie de suelo cubierta se le ahuecaba por lo menos hasta un palmo de profundidad o antes o después de armar el paravientos. La arena suelta se amontonaba con las manos y con las piedras planas en el círculo, formando un pequeño terraplén que cubría el borde inferior del cobertor de cuero... siempre se preocuparon por procurarse un delgado colchón de hojas o manojos de hierbas" (Gusinde, M. [1920] 1982:181/182)

Estas descripciones confirman que las posibilidades de descubrir esos sitios son muy bajas. Las citas tienen en común, además de la baja visibilidad, la forma de la estructura de palos, la organización general del espacio interno, y un diámetro aproximado de dos metros, no siempre fácil de delimitar arqueológicamente. La descripción que publicó Julius Popper nos informa, por ejemplo, sobre la cantidad de estas estructuras habitacionales que podían encontrarse relativamente cercanas entre sí.

"El campamento presentaba unos catorce huecos circulares, excavados en el suelo a una profundidad de veinticinco centímetros, abrazando cada uno un diámetro de metro y medio. Arcos de rama de Libocedrus tetragonus, fijados hacia el oeste de cada hueco, algunos mazos de pasto seco que los cubrían de vez en cuando, y uno que otro harapo de piel, completaban la arquitectura de estos toldos... El suelo aparecía cubierto de huesos de guanaco, conchas de mariscos, pieles de tucu- tucos y restos de aves..." (Popper, J. 1887:85)

Pero las acciones culturales –que ubican sitios a excavar y explican utilidades de elementos exóticos–, no constituyen todo lo que el arqueólogo necesita conocer; también se requiere saber algo sobre las acciones de la naturaleza. Los arqueólogos reconocen variados procesos que modifican la estructura de los sitios, comprobables en documentos etnohistóricos. Se sabe que el congelamiento y descongelamiento de suelos puede alterar marcadamente la distribución de artefactos y huesos en un campamento abandonado. También la acción de las raíces de los árboles o la circulación de agua pueden alterar totalmente a los materiales que depositaron los indígenas. Luis Borrero nos sugiere plantear un caso específico. Aunque los sitios fueguinos hayan sido utilizados solamente durante un día y una noche, hay que esperar que los huesos y desechos alimenticios fueran arrojados en distintas direcciones desde el fogón, el que probablemente funcionaba (aunque no en todos los casos) como lugar central del campamento. Estos son mecanismos dispersores, desorganizadores de la estructura general de los sitios. Ello avala que debemos esperar una dispersión relativamente grande de materiales en esos sitios y que los límites de los sitios están continuamente transformándose por la acción de procesos naturales (Borrero, L. 2002). Algunos relatos de viajeros y visitantes en territorio patagónico, nos ilustran –y constatan los procesos dispersores que muestran los sitios– de la forma en que cazaban, despostaban y consumían estos recursos, además de la cantidad de desperdicios de los mismos, lo que se convierte en un mecanismo de ajuste del trabajo arqueológico.

Sin embargo, más allá de la ubicación de sitios y probables dispersores, el gran aporte suele ser interpretativo. ¿Podría un arqueólogo completar el patrimonio cultural de los fueguinos cuando parte de aquél provenía de partes del cuerpo insospechadas de ciertos animales imposibles de conservar en el registro? ¿Cómo sospechar que guardaban el aceite de foca en bolsas confeccionadas con buches de gansos? ¿Deduciríamos que las chispas producidas con piedras de pirita buscaban, en vez de ramas secas, plumones de ave para iniciar las fogatas? ¿Cómo deducir, sino fuese por estas observaciones de campo, los primeros alimentos de los niños patagónicos o el trato social con sus padres? Del mismo

modo, resulta de suma importancia recuperar la relación de los nativos patagónicos con el medio ambiente. Podemos inferirlo, pero nuestro techo imaginativo para ello deviene de un piso arqueológico demasiado bajo; de allí la importancia de estos relatos que debemos evaluar cuánto pueden retrotraerse hasta los tiempos prehistóricos. Para incorporar a la Historia Oficial a aquellos que permanecían en sus márgenes, se necesita la intencionalidad política y teórica para llevarlo a cabo, pero también los conocimientos y la búsqueda intensiva para agotar esa información a veces parca, otras inexistente, otras invisible en el registro documental del Estado y arqueológico.

Más allá que la presencia de materias primas encontradas en un nivel de la excavación dispare hipótesis plausibles sobre su uso, resulta gratificante contar con relatos que observaron con lujo de detalles su variada utilización y simbología. No hablamos ya de deducir –conociendo el paradero geográfico de tal colorante– si se encontraba en ese lugar, viajaban a buscarlo o lo obtenían por trueque. Nos referimos a acceder también a la mentalidad de aquellos seres, sus ideas, sus símbolos exteriores consensuados, diferentes o no a otras etnias. La identidad es una construcción de los propios actores, a veces coincidente con la que construyen los intelectuales con los documentos a mano. La etnogénesis, marco teórico construido por Boccara imaginando la aparición o delimitación de las identidades étnicas a partir del encuentro con el otro (Boccara, G. 2003), se sustenta en datos sobre territorialidad, diplomacia, intercambios, muchas veces escondidos en las páginas redactadas por aquellos viajeros. Es cierto que, la Arqueología, analizando elementos locales o exóticos y radios de difusión de estilos, podrá discutir dichas ideas (Nacuzzi, L. 2000). Piénsese, a partir de estas observaciones, futuros trabajos donde antropólogos y psicólogos (y por qué no gente proveniente del arte), discutan las asociaciones de colores y estados de ánimo entre los humanos, lo mismo que los dibujos. ¿Quién no hubiese asociado el color rojo a la guerra y el blanco a la alegría? Pues bien, para los fueguinos el rojo se asociaba a la alegría y uno puede suponer, a priori, que al igual que los tehuelches, la sangre de algunos animales puede ser un indicio para comenzar a buscar si no es aquella situación de caza consumada, la que brindaba mayor algarabía al conjunto. ¿Cuál es el significado cuasi planetario de asociar el negro al luto y la muerte? Si la tierra en el mundo andino es vida y es de color negra, por qué en el resto es sinónimo de muerte? ¿Acaso porque ese color lo logran de un carbón y este es el resultado final de un árbol muerto? Es interesante imaginar que los colores y símbolos exteriores que utilizaban, en el cabello o marcas en el rostro, bien pudieron buscar la comprensión en grupos étnicos diferentes que tenían un dialecto que lo hacía inteligible para ambos. Es probable que los colores de guerra o paz fueran especies de símbolos para ser observados por ‘otros’, más allá que pudiésemos discutir aquí la imposibilidad teórica de que una banda sostuviese guerras, como relata el naturalista e imaginamos refiere a una refriega o problemas de convivencia con otra banda que ha transitado su territorio o tomado como suya una ballena varada en ‘sus costas’. Los relatos de contemporáneos también resultan interesantes ante la invisibilidad arqueológica del inventario y la movilidad como asunto familiar, entre otros.

“Cuando navegan [escribe Dabenne], en la proa está el hombre con sus armas que descansan sobre uno de los travesaños y a popa está la mujer, la cual sentada sobre el fondo de la embarcación y con el sobaco apoyado al borde, rema,

serviéndose de una corta pagaya. Al lado de la mujer están generalmente los niños y varios utensilios, como ser: canastos de junco trenzado y de mallas espesas para los hongos; otros de mallas sueltas para los peces y los mariscos; un balde grande de la capacidad de varios litros para la provisión de agua; otro más pequeño, destinado a sacar el agua que frecuentemente penetra en la canoa por las hendijas. Estos baldes los hacen de corteza de árbol o también de cuero de lobo. La enumeración del contenido de la canoa no sería completa, si no indicara la presencia de uno o de dos perros, compañeros inseparables del fueguino y que se puede decir, forman parte de la familia.”(Dabbene, L. [1902] 2009: 121)

Estos relatos, nos llevan a pensar (más allá de insistir en que es un formidable complemento para cualquier excavación que busque reconstruir la vida de aquellas sociedades), que nuestra interpretación de una simbología interna y otra externa, no es disparatada. El gorro que refiere Dabbene que utilizaban los hombres sólo en época de guerra es un claro indicio. También nos hace reflexionar sobre el uso de adornos y colgantes, sin asociarlo directa ni únicamente con la búsqueda de diferenciación de estatus social o político. Acaso se trataba de una búsqueda de embellecimiento y eso puede guiarnos en el camino de comprender, alguna vez, lo que significaba la belleza para aquellos. *El efecto camaleón* que buscaban pintando sus cuerpos para camuflarse con el medio, hace pensar en el mismo que pretenden los cazadores profesionales para acercarse a la presa, pero bien podría utilizarse para penetrar en territorio de otra banda sin ser divisados. De todas estas ideas, sólo hallaremos con suerte en el registro arqueológico los restos de los elementos con que se pintaron. Los relatos de viajeros, analizados desde la mirada etnohistórica, colaboran en la recuperación de aquellos aspectos de las culturas marginadas de la Historia. El polen nos permitirá reconstruir restos de vegetales y la zaranda no dejará escapar minerales de donde extraían pigmentos, permitiendo dilucidar la cercanía o no a los mismos. Pero sin dibujos, fotos o relatos, difícilmente recuperaríamos estilos y símbolos. Si el medio ambiente permite preservar aquellos elementos, los viajeros y naturalistas que citamos, permitirán deducir que los restos de cuero no siempre pertenecieron a un toldo, sino que podían ser parte de una vestimenta ocasional, como las que cubrían las piernas de aquellos cuando realizaban travesías por terrenos espinosos. Es probable que encontremos restos de fogones; para el ona el fuego era esencial. Sin embargo, será difícil que el arqueólogo deduzca la infinidad de usos que aquél brindaba al ona fuera del calentamiento del toldo y el cocido de los alimentos. Otros usos de elementos difíciles de deducir en un sitio arqueológico, son un tipo especial de musgo utilizado como toalla, una planta parásita como esponja, la madera para confección de cunas, palos para toldos, pero también para leña y flechas o bastones; el cuero de guanaco para el toldo y vestimentas en general, pero el de zorro para bolsitas pequeñas; los juncos para canastos, las plumas de distintas aves para atuendo y los nervios de guanaco para todo tipo de ataduras, coser los vestidos y toldos. Estos relatos y sugerencias para complementar la información siempre escasa de grupos ágrafos y aislados como los patagónicos, es sin duda el mayor aporte de aquellos viajeros, sacerdotes, naturalistas, conquistadores, marineros o simplemente colonos; se trata de otros puentes, como es el de la recuperación arqueológica, para que los nativos ingresen a la única Historia posible, la que contenga a todos los sujetos históricos, a veces interactuando, otras habitando regiones periféricas, aislados.

Como decíamos, aquellos etnógrafos y etnohistoriadores sin formación académica específica (excepcionalmente algunos eran sacerdotes, otros médicos o cartógrafos, acaso naturalistas), nos legaron información vital sobre desarrollos y

procesos sociales, económicos, políticos y hasta culturales. Referencias precisas donde se explicita el paso de la banda a la tribu, acaso en la forma de elegir al sucesor o por el enterramiento con ajuar de un jefe. También desde la propiedad comunal a la individual, de la poligamia a la monogamia, las transformaciones del rol de la mujer y el varón, de los cambios en rituales de pasaje y de ceremonias mortuorias. Pero el mundo simbólico es siempre complejo y frustrante de desentrañar desde el registro arqueológico, máxime cuando lo que se intenta recuperar es un grupo de alta movilidad como una banda que hace un aprovechamiento estacional de los recursos. Podríamos saber algo a partir de enterramientos, ajuares, dibujos en la cerámica, bastones de mando o ceremonia, pinturas rupestres o utillaje mobiliario como colgantes, pero la mayoría de estos elementos no aparece en todos los grupos patagónicos, lo que no significa que no tuviesen creencias, supersticiones e ideas. Como en muchos otros sitios del planeta, la vida de las sociedades prehistóricas sudamericanas estuvo regida por acontecimientos celestiales que hilvanaban el devenir del grupo, pero en donde las costuras del mismo eran etapas vitales de sus individuos. Esos pasajes, de suma importancia para la vida del individuo y el conjunto, se apoyaban en estrategias (más o menos inconscientes, más o menos planificadas a lo largo de generaciones) para apuntalar una subsistencia y demografía básicas. No es casualidad que buena parte de aquellos rituales apunten a la fertilidad de las mujeres y el paso del adolescente a cazador. No es necesario mencionar aquí acerca de la importancia de la descripción etnohistórica de aquellos rituales, esquivos a la vista y el cucharín del arqueólogo. La Historia abrió sus puertas a los pueblos sin historia escrita, la que preservaron de todos modos en sus memorias, restos, pinturas rupestres, sus escasos descendientes, algunos museos y los viajeros, que los observaron y describieron con sus herramientas a mano, pero también con sus subjetividades, prioridades, intereses y conocimientos. Aunque Historia y escritura siguen siendo ingredientes inseparables, la Arqueología cubre algunos vacíos y la Etnohistoria, decodificando contemporáneos de aquellas sociedades ágrafas que las retrataron con sus plumas, hace lo propio.

A modo de cierre

Hasta hace poco más de tres décadas, los indígenas americanos estuvieron historiográficamente relegados como objeto de estudio. En el extremo del cono sur, eran apenas un fondo de paisaje de las sociedades euro criollas, que amparadas por un Estado en formación ocupaban el espacio rioplatense y patagónico, avanzando sobre sus tierras, recursos y si era necesario, sus vidas. Ese vacío en el rompecabezas de la Historia comenzó a cubrirse con más ideas que piezas que aparecían aquí y allá, en todo el continente. Así, los relatos de contemporáneos que visitaron las sociedades en cuestión se convirtieron en documentos vitales filtrados con la rigurosidad de historiadores y antropólogos reunidos bajo el techo de una disciplina llamada Etnohistoria. Sus crónicas no sólo recuperan aspectos de la vida cotidiana, sino también aquellos ligados al mundo simbólico y de las creencias. En este sentido, resultan orientadores geográficos de potenciales yacimientos arqueológicos y sostén para dilucidar elementos poco comunes en ellos. El pasado de aquellas sociedades ágrafas y periféricas, apenas registradas por el Estado, se encuentra en pleno proceso de recuperación, de la mano de

replanteo de algunos preconceptos y estereotipos que aún vagan en viejos manuales. Hace tiempo que abandonaron los márgenes del devenir histórico, como piezas del rompecabezas que ahora permite comprender más acabadamente la figura total. La Historia se amplía, se ensancha, suma actores al escenario, complejiza la trama del libreto para acercarse a lo que realmente ocurrió. Los procesos deben repensarse, sobre todo en épocas y escenarios donde las sociedades nativas tuvieron una presencia y protagonismos fundamentales. El telón de fondo no es humano, es el medio ambiente que jugó un papel importante en el juego de adaptación y manipulación de las sociedades en cada nicho ecológico, tanto como la simbología construida en torno a su geografía.

Notas

(1) Del universo de los tramperos, cazadores, vendedores de pieles y mineros, además de misioneros, militares, comerciantes y aventureros, pudo rescatarse memorias a veces publicadas y otras no, las que fueron cotejadas con mapas antiguos y modernos, toponimia y terminología indígena que recurría a descendientes como traductores. Los tratados entre las distintas parcialidades y gobiernos, principalmente durante el siglo XIX, no fueron menos importantes para sopesar la magnitud de los territorios que otrora eran reconocidos como indígenas.

(2) Un prestigioso historiador como Moisés Finley ha utilizado el método etnohistórico para analizar La Odisea, mientras que Marc Bloch, lo hizo para sus estudios sobre la sociedad feudal (Cohn, B. 1968). En Argentina, es inocultable y creciente el uso del método para abordar la cotidianeidad pampeano-patagónica, las costumbres observadas con tanto interés como detallismo por naturalistas, religiosos o militares de la talla de Darwin, Armaignac, Mansilla o Sánchez Labrador. Historiadores y antropólogos como Eduardo Míguez, Raúl Mandrini, Diana Mazzanti y Carlos Mayo, entre muchos otros, han utilizado estas herramientas para recuperar aspectos indocumentados del pasado y experiencias de sujetos históricos analfabetos.

(3) La connotación viajeros desde el punto de vista de fuente de información, incluye militares, naturalistas, religiosos, inmigrantes, colonos, cartógrafos, cautivos, entre otros, en definitiva, personas que fueron protagonistas de encuentros con sociedades ágrafas y tomaron notas de sus actividades, aspectos culturales, fauna y flora, aspectos ligados a la mentalidad, etcétera.

Bibliografía

- ARMAIGNAC, H. (1976): **Viaje por las pampas argentinas. Cacerías en el Quequén Grande, 1869-1874.** Bs. As. Eudeba.
- BECHIS, M. (2005): "La interacción retro alimentadora o dialéctica como unidad de análisis de la Etnohistoria, un campo antidisciplinario del saber", **Trabajo presentado en VI Congreso Internacional de Etnohistoria**, Buenos Aires.
- BINFORD, Louis (1988): **En Busca del Pasado. Descifrando el registro arqueológico.** Barcelona, Crítica.
- BOCCARA, G. (2003) : "Fronteras, mestizaje y etnogénesis en las Américas" en Raúl Mandrini y Carlos Paz (compil.) **Las fronteras hispanocriollas del mundo indígena americano en los siglos XVIII-XIX.** Tandil, IEHS, UNS, CEHIR.
- BORRERO, Luis A. (2002): **Los Selk'nam** (Onas), Buenos Aires, Galerna.
- BORRERO, L. A.(1994): "Arqueología de la Patagonia meridional". **Palimpsesto. Revista de Arqueología n° 49,** Buenos Aires.
- BOSCHIN, T. :Arqueología y Etnohistoria de la Patagonia septentrional" Mimeo, s/d. UNICEN, Olavarria.
- BRODA, Johanna (1988): "Etnohistoria y metodología interdisciplinaria: Reflexiones, experiencias y propuestas para el futuro" (Mecanografiado) Instituto de Investigaciones Históricas, UNAM.
- CASAMIQUELA, R. (1988): **En Pos del Gualicho.** Bs. As., EUDEBA, Fondo Editorial Rionegrino.

- CASAMIQUELA, R.(1970): “La realidad arqueológica de la Patagonia austral a la luz del panorama etnohistórico” **Relaciones de la Sociedad Argentina de Antropología 5**. Buenos Aires.
- CASAMIQUELA, R. (1988): **Las sociedades indígenas históricas de la Patagonia**. Eudeba.
- COHN, Bernard (1968): “Ethnohistory” in **International Encyclopedia Of the social sciences**. David Sills, edition. The Macmillan Co and the Free Press.
- CONTARDI, Sonia (2000): “Algunas reflexiones en torno a la relación literatura, crónica de viaje y ciencia” en Beatriz Davilo y Claudia Gotta (compil.) **Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad** , Rosario, UNR editora.
- DABBENE, Roberto ([1902] 2009): **Un viaje a la Tierra del Fuego**. Buenos Aires, Editorial Albatros.
- DAVILO, Beatriz y GOTTA, C. (2000): “Los relatos de cronistas, misioneros y exploradores de la Patagonia y el Chaco, siglos XVIII y XIX. La mirada del viajero entre el desierto y el paraíso” Beatriz Davilo y Claudia Gotta (compil.) **Narrativas del desierto. Geografías de la alteridad**, Rosario, UNR editora.
- DARWIN, Ch.[1832]: **Un naturalista en El Plata**. Editorial Arca. Montevideo, Uruguay, 1968.
- ESPINOSA Pineda, Gabriel (1996): **El embrujo del lago. El sistema lacustre de la cuenca de México en la cosmovisión mexicana**, México, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México.
- GUSINDE, Martín ([1920]1982): **Los indios de Tierra del Fuego**, Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana y Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas.
- IRIANNI, Marcelino (2004): ”Herederás el viento. Algunas consideraciones sobre los traspasos de poder en la dinastía Catriel”. Trabajo presentado en el **9º Encuentro de Historia y de Arqueología Histórica**, Olavarría.
- IRIANNI, Marcelino. (2013), “La pampa, flora, fauna y gente”, **Anuario Iehs n° 27** , Tandil, Unicen.
- LISTA, Ramón ([1879] 1998): **Viaje al país de los Tehuelches**, Buenos Aires, editorial Imprenta Martín Biedma.
- LORANDI, A. M. y del RIO, M. (1992) **La Etnohistoria. Etnogénesis y transformaciones sociales andinas**. Bs As., CEAL.
- MANDRINI, Raúl. “La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII-XIX) en **Anuario IEHS 1**, Tandil, UNCPBA, 1987.
- MANDRINI, Raúl (1992): “Pedir con vuelta. ¿Reciprocidad diferida o mecanismo de poder?”en **Antropológicas 1**, Nueva Época, México, UNAM.
- MANSILLA, L.V.: ([1870] 1980). **Una excursión a los indios ranqueles**. Centro Editor de Latinoamérica S.A. Buenos Aires.
- MAYO, Carlos (editor, 2000) : **Vivir en la frontera. La casa, la dieta, la pulperia, la escuela (1770-1870)** Bs. As., Biblos.
- MAZZANTI, Diana: (1994) “Control del ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las serranías de Tandilia” en Raúl Mandrini y Andrea Reguera (editores) **Huellas en la tierra. Indios, agricultores y hacendados en la pampa bonaerense**. Tandil, IEHS/UNCPBA.
- MIGUEZ, Eduardo (2005): **El mundo de Martín Fierro**. Bs. As., Eudeba.
- MONIOT, H.(1978): “La Historia de los pueblos sin historia”. En Le Goff, J. y Nora, P. (editores) **Hacer la Historia**.

Barcelona, Laia, páginas 117-134.

-NACUZZI, Lidia (1990): "El aporte de la Etnohistoria al estudio de la arqueología de Patagonia" en **Runa XIX**, Buenos Aires.

-NACUZZI, L. (1991): "La cuestión del nomadismo entre los tehuelches" en **Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria n°1**, Bs. As..

-NACUZZI, L. (2000): "De la relación Arqueología/Etnohistoria al estudio de las identidades étnicas en perspectiva histórica: deconstruyendo lo tehuelche" en **Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria n° 9**, Bs As.

-NACUZZI, L. y PÉREZ de MICOU, M. (1997): "Rutas indígenas y obtención de recursos económicos en Patagonia" en **Memoria Americana. Cuadernos de Etnohistoria n° 3**.

-POPPER, J. A. (1887) "Exploración de la Tierra del Fuego". **Boletín del Instituto Geográfico Argentino 8**, Buenos Aires.

-SÁNCHEZ LABRADOR, J.: ([1767] 1936). **Los indios pampas-puelches-patagones**. Viau y Zona Editores, Buenos Aires.

-SANTAMARÍA, Daniel (1985): "La historia, la etnohistoria y una sugerencia de los antropólogos" **Desarrollo Económico n° 99**, octubre-diciembre.

-SERVICE, Elman (1972): **Los Cazadores**, Madrid, Labor.

-SERGERS, P. A. (1891): "Hábitos y costumbres de los indios Onas" **Boletín del Instituto Geográfico Argentino XII**, Buenos Aires.

-SERRANO MONTANER, Ramón (1880) **Diario de la excursión a la isla grande de la Tierra del Fuego durante los meses de enero y febrero de 1879**. [Chile:s.n.,1880].

-SILVERA, Mario(1992): "Etnohistoria y arqueología en pampa interserrana" en **Palimpsesto. Revista de Arqueología n°2**, Buenos Aires.

-RUSSELL, Freedman (2002): **Los grandes jefes indios**, Salamanca, Ed. Loguez.

-TRIGGER, Bruce G. (1987): "Etnohistoria: Problemas y perspectivas" San Juan. Mecnografiado, traducción. Catalina Michieli.

-WOLF, E. (1982): **Europa y la gente sin historia**. Fondo de Cultura Económica, México, D.F.